

La generación como concepto y problema

conozco son mis padres: se alegrarán de saber que no he corrido peligro. Este fin de semana, mis conocidos de Londres se dedican a seguir bebiendo o a disipar su intoxicación alcohólica durmiendo. Para mis amigos de Alemania, la cumbre y las protestas sólo son parte de lo que oyen en las noticias de la televisión, o ni siquiera eso.

CÓMO NOS HEMOS CONVERTIDO
EN LO QUE SOMOS

A pesar de que el subtítulo de este libro contiene la palabra «generación» y de que el texto comienza con la descripción de una resaca dominical, éste no es un libro sobre noches de fiesta y tardes de resaca en grandes capitales de moda, bufandas de American Apparel, el logotipo anaranjado de EasyJet o amaneceres en Berghain, ni sobre estilos de vida y problemas de pareja. Éste es un libro sobre la vida en tiempos de enorme presión social por la obtención de logros profesionales, sobre el distanciamiento de la política y las perspectivas postoptimistas. Un libro sobre aquellos que vinieron al mundo en algún momento de los años ochenta y sólo conocen el socialismo real a través de los relatos de sus padres o de unas chapuceras clases de historia, y cuya juventud transcurrió entre la caída del Muro, la burbuja de los New Media y el 11 de septiembre de 2001. Sobre una generación que alcanzó la mayoría de edad al filo del nuevo milenio y para la cual todo comenzó en realidad hace diez años.

A mi generación, que lo ha tenido todo, le queda muy poco que esperar. Ha crecido con más bienestar y ofertas de información y de movilidad que todas las generaciones que la precedieron. Ha gozado de una juventud dorada, pero sus perspectivas de futuro a corto y largo plazo son cualquier cosa menos brillantes:

- porque el cambio climático, del que vienen informándonos desde que somos niños, se manifiesta cada vez más frecuentemente en forma de auténticas catástrofes meteorológicas.
- porque, con la fusión del núcleo del reactor de Fukushima, hemos vivido ya nuestra primera catástrofe nuclear, que ha puesto de manifiesto las precarias condiciones –desde el punto de vista existencial– en que se basa nuestra vida cotidiana.
- porque cada crisis económica nos prueba que hacemos bien en no creer en la estabilidad.
- porque el abismo que separa a quienes disfrutan del bienestar económico de los más desfavorecidos se abre cada día más y la participación en los acontecimientos políticos no sólo parece poco atractiva, sino también carente de sentido.
- porque, aunque según todas las encuestas la confianza en la democracia disminuye de forma imparable, a nosotros no se nos ocurre otra cosa que retirarnos aún más de la vida pública.

En su actitud hacia los grandes temas de la vida, mi generación se muestra indefensa, abrumada y atrapada por sus aspiraciones. Y resignada, en una medida que no encuentra justificación en ninguna experiencia que una persona común pueda haber tenido en Europa

en los últimos treinta años. No importa que la pregunta sea «¿Qué pienso de la justicia social?» o «¿Cuándo debo tener un hijo?». En términos políticos, mi generación no conoce ninguna utopía ni aspira realmente a tener una.

No es de extrañar: éramos niños cuando fue postulado el fin de la historia y, con él, en última instancia, el final de las visiones de futuro. Éramos jóvenes cuando inició su marcha en varios ámbitos de la sociedad la filosofía del *anything goes*, y éramos el nuevo electorado cuando vimos cómo el moderno y reciente gobierno de Schröder y Fischer desmantelaba en muy poco tiempo la estructura de sus propios partidos y todo lo que nos había unido a ellos.¹ Así que la política nos decepcionó antes incluso de que nos acercáramos a ella activamente. Estábamos convencidos de que queríamos hacer carrera antes incluso de saber en qué. Nos sentíamos agotados aun antes de haber comenzado siquiera a trabajar en serio. Si nos hemos convertido en lo que somos es por una serie de razones que no tienen nada que ver con una debilidad de carácter colectiva, como afirman algunas personas mayores. Este libro trata de tales razones.

El año 2011 no ha permitido vislumbrar cambios en la irritante mezcla de ambición exagerada, extrañamiento respecto de sus contenidos y actitud emocional

¹ Gerhard Schröder fue canciller alemán entre el 27 de octubre de 1998 y el 22 de noviembre de 2005; gobernó gracias a una coalición de su fuerza política, el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), con los Verdes, cuyo líder, Joschka Fischer, fue su vicescanciller. (*N. del T.*)

de que todo da lo mismo que adopta mi generación en relación con la carrera profesional, la política y la sociedad. Aunque la pobreza y el desempleo juveniles aumentan de forma imparable, también en Alemania, y la educación experimenta un proceso imparable de privatización y transformación en un bien económico, al tiempo que el Estado salva al sector bancario mediante un endeudamiento que sólo podrá amortizarse con recortes en el ámbito social, la «revuelta de los jóvenes» no se produce. En Stuttgart,² los contribuyentes enfadados entonaron durante meses: «Nosotros somos el pueblo, nosotros somos el dinero». Es probable que no muchos miembros de mi generación puedan identificarse con la frase «nosotros somos el dinero». Sin embargo, ni el sector académico más precario ni los estudiantes se solidarizan con los más desfavorecidos. Porque ninguno de nosotros quiere pasar a integrar ese grupo.

A diferencia de lo que sucede en Francia, Inglaterra, España o Grecia, la protesta ha sido sobre todo cosa de los mayores y se ha centrado especialmente en problemas propios de la burguesía: el ruido que pro-

² La autora alude aquí a las manifestaciones masivas que tuvieron lugar en la ciudad de Stuttgart a finales de 2010 como protesta contra «Stuttgart 21», el proyecto urbanístico que prevé convertir la estación de tren de la ciudad en un nodo ferroviario de importancia europea, para lo que es necesario derribar el actual edificio y talar buena parte de los árboles centenarios del parque que se encuentra en sus proximidades, con grandes gastos para el erario público. A día de hoy, no se ha encontrado una solución al conflicto. (*N. del T.*)

vocan los aeropuertos, los proyectos urbanísticos exageradamente caros y el deseo de las familias acomodadas de que sus hijos no tengan que ir a la escuela con niños menos privilegiados. La indignación de los ciudadanos se debió a que un elevado número de personas bien situadas de pronto descubrió que en el ámbito político no estaba sucediendo lo que ellas deseaban.

Existen tres razones para que, excepto en algunos casos aislados, la protesta en Alemania no sea un fenómeno juvenil: la mayor parte de los integrantes de mi generación dedica una considerable cantidad de tiempo a formularse la pregunta de qué quiere realmente, y con gran frecuencia llega a la conclusión de que lo que quiere no tiene nada que ver con la política. Y aunque así fuera, tampoco se indignaría.

EL PODER DEL MERCADO, LA COMUNICACIÓN Y LA OPTIMIZACIÓN DE UNO MISMO

La ira no es lo nuestro. Esto se debe en parte a que muchos de nosotros creemos que todo el mundo recibe ya lo que le corresponde. No en vano, a los nacidos después de 1980 se les considera –al menos desde el Estudio Shell de la Juventud de 2006– «pragmáticos»: han aprendido que el pensamiento que aspire a ser valioso siempre debe ser constructivo, orientado a objetivos y productivo; es decir, lo opuesto a la ira. Lo que para los católicos es la Santísima Trinidad, para los miembros de mi generación vendría a ser el poder del mercado, la comunicación y la optimización de uno mismo.